

La traducción del griego en la educación romana

Dr. Valentín García Yebra
Miembro de la Real Academia de la Lengua Española
España

Sin Grecia, maestra de la cultura occidental, Roma no habría sido la forjadora del mundo europeo. Lo fue porque supo asimilar la cultura helénica, dándole la cohesión necesaria para que fuese fecunda. ¿Cómo se produjo esta asimilación feliz? Fundamentalmente, por la traducción. Mas, para entender el hondísimo influjo de la traducción de autores griegos en la educación romana, es necesario tener presente qué entendemos por traducción.

No nos referimos a la *traducción oral*, llamada *interpretación*. Nos interesa la traducción de textos escritos. Y en este género de traducción distinguimos dos especies: la *traducción explícita*, que sería la traducción en sentido estricto, a la que llamaremos simplemente *traducción*, y, por otra parte, la *traducción implícita*, que se produce cuando un lector cuya lengua no es la del original, al leer el texto formulado en ésta, va reproduciendo mentalmente su contenido en la lengua propia. Este segundo tipo de traducción fue más importante que la traducción explícita para la literatura y, en sentido más amplio, para la educación romana.

El Concepto de traducción en la Roma antigua

El concepto de traducción no era para los romanos lo que es para nosotros. Ni siquiera existía en latín un término especializado para designar lo que hoy entendemos por *traducir*. Tenía el latín clásico *traducere* y *traductio*, pero no con el significado de estos vocablos y de sus derivados románicos desde el siglo XV¹; *traducere* era “llevar al

¹ Parece haber sido Leonardo Bruni el primero que usó el término *traducere* con el

nuevo significado técnico, en una carta del 5 de septiembre de 1400, en la que aparece también

otro lado”, como en César *traducere equitatum in Galliam*, “llevar la caballería a la Galia”.

Cicerón, al hablar de pasar al latín textos griegos, usa indistintamente los verbos *vertere*, *transferre*, *exprimere* y *reddere*; implícitamente, también *interpretari*, puesto que usa el sustantivo *interpretres*. Quintiliano emplea los verbos *vertere* y *transferre*, y los sustantivos *interpretatio* y *conversio*, que suponen los verbos *interpretari* y *convertere*. En el límite final de la latinidad viva, San Jerónimo utiliza los términos *interpretari*, *interpretatio*, *vertere*, *transponere*, *exprimere*, *transferre*, *translatio* y *translator*.

Esta variedad terminológica refleja la imprecisión del concepto. Se practicaron, sin embargo, a lo largo de siglos, diversos tipos de latinización de textos griegos, desde la traducción más o menos estricta, que Cicerón atribuye a los autores de obras teatrales, hasta su propia manera de interpretar “como orador” aquellos textos. Intentaré a continuación un rapidísimo esbozo de la historia de esta traducción, más o menos laxa, en la cultura romana.

Surgimiento de la literatura latina

A mediados del siglo III a. de C.² se escribe la primera obra de la literatura latina. Su autor, Livio Andrónico, de origen helénico, había llegado a Roma como esclavo, prisionero de guerra, y, ya manumitido, enseñaba allí latín y griego. Como no había textos para la enseñanza del latín, creó uno traduciendo la *Odisea*. La *Odusia* inauguró en Roma el género épico y, al mismo tiempo, el lenguaje poético latino. Sustituyó los nombres mitológicos griegos por nombres romanos: la *Musa* se convirtió en *Camena*, *Cronos* en *Saturno*, *Zeus* en *Júpiter*, *Poseidón* en *Neptuno*. Romanizó igualmente el verso, sustituyendo el hexámetro por el saturnio, que sólo medio siglo más tarde, con los *Anales* de Ennio, cedería definitivamente ante el verso homérico.

También en el teatro fue Livio Andrónico un pionero. En los *Ludi Romani* con que se celebró la terminación victoriosa de la primera guerra púnica, presentó una tragedia y una comedia griegas en forma latina. Puso así los cimientos del teatro romano, que él mismo siguió cultivando. Se conocen los títulos de nueve tragedias y de dos comedias

el nombre de acción *tractatio*. Cf. Gianfranco Folena. “‘Volgarizzare’ e ‘Tradurre’: idea e Terminologia della Traduzione dal Medioevo Italiano e Romanzo all’ Umanesimo Europeo”, en *La Traduzione. Saggi e Studi*. Tries-

te, 1973, p. 102.

² La *Iliada* y la *Odisea* homéricas, *Los trabajos y los días* de Hesíodo, así como los *Libros de los Profetas* de la Biblia, tenían ya unos quinientos años.

suyas. Por los fragmentos de estas obras parece que actuó con más libertad frente a los originales griegos, cosa natural si se tiene en cuenta que también ahora, en las obras de teatro, se recurre más a la adaptación que a la traducción estricta.

El prolongado influjo de las traducciones o adaptaciones de Andrónico en la educación romana se manifiesta en el hecho de que todavía Horacio tuvo que aprender de niño versos suyos bajo la férula demasiado activa de Orbilio:

Carmina Livi

(...) *memini quae plagosum mihi parvo
Orbilium dictare.*

(Epist. II, 1, 69-71)

Cinco años después de la primera representación de Andrónico, el 235, se presentaron en Roma obras de Nevio, que utilizó material romano, pero conservando la forma griega. Con él comenzó el procedimiento de la *contaminatio*, consistente en la incorporación a una obra de partes de otra u otras obras griegas. Los modelos de Nevio fueron no sólo la Comedia Nueva sino también la Media.

La tragedia romana y la *comedia palliata* se inspiran también en obras griegas. La tragedia se apoya sobre todo en Eurípides; en segundo lugar, en Esquilo, y luego, en la tragedia posclásica. Los modelos de las *palliatas* fueron casi siempre autores de la Comedia Nueva, sobre todo Menandro, Palemón y Dífilo.

Ennio, sin duda el poeta más importante de la época arcaica, era trilingüe: dominaba el griego, el latín y el osco. En sus tragedias se inspiró principalmente en Eurípides. Pero su obra principal son los *Anales*, de carácter épico. En el proemio se refiere a un sueño en que Homero le comunica que se ha reencarnado en él. ¿Cómo podía Ennio expresar mejor que se disponía a imitar al más grande de los poetas griegos? Siguiendo a Homero, introdujo en la literatura romana el hexámetro, verso épico por excelencia. Tradujo en prosa la *Sacra Historia* de Euhémero.

De las obras de Livio Andrónico, Nevio y Ennio sólo se conocen fragmentos. De Plauto se conservan 21.500 versos, que abarcan veinte obras enteras y restos de otra. Plauto sólo escribió comedias, y sólo *comedias palliatas*; es decir, comedias de carácter griego. Buscó sus modelos en la Comedia Nueva helénica pero los vistió con lenguaje romano. Se ha dicho con razón que "en la forma y en el efecto de las obras de Plauto se muestra con toda claridad la cabeza de Jano de la literatura romana, que recibe y acepta la herencia griega, le infunde nueva vida y la transmite a futuras generaciones"³.

Las seis comedias de Terencio que se conservan tienen título griego: *Andria*, *Hecyra*, *Heautontimorúmenos*, *Eunuchus* y *Phormio*. Esto manifiesta su filohelenismo, característico del círculo de los Escipiones. Su modelo casi único fue Menandro.

La *fabula togata*, comedia en traje romano, fue, en parte, una reacción contra el helenismo de la *palliata*. Pero los fragmentos conservados demuestran que también ella se apoya en temas y situaciones de la comedia griega, o de anteriores adaptaciones romanas de comedias griegas.

Las primeras obras en prosa

Es muy probable que la primera obra latina de importancia literaria escrita en prosa fuese también la traducción de una obra griega. Me refiero a la *Sacra Historia* de Euhémero, traducida por Ennio, de la que sólo quedan fragmentos. Por otra parte, llama la atención el hecho de que los primeros historiadores romanos, los analistas primitivos, escribieran en griego.

La primera obra original latina en prosa que ha llegado hasta nosotros es el tratado *De agri cultura* de Catón el Censor. Catón veía en la cultura griega un peligro para la austeridad y fortaleza que él deseaba en los romanos. Por eso insistió en que los filósofos atenienses que habían llegado a Roma como legados entre el 156 y el 155, y habían comenzado a enseñar a la juventud, se marcharan lo antes posible. Pero su antihelenismo no le hizo cerrar los ojos ante la superioridad cultural de los griegos. Comprendió que lo más sensato era tratar de incorporar los conocimientos helénicos al patrimonio cultural romano. En sus últimos años estudió con ahínco la lengua griega. Escribió sus *Origines* en latín, pero se inspiró en los historiadores griegos, particularmente en Heródoto, a quien imitó en la disposición de la materia incorporada a su obra. El tratado *De agri cultura* se basa en la propia experiencia, pero también en obras técnicas griegas.

El círculo de los Escipiones

Roma alcanzó la cumbre de su vida política en los cuarenta años que van desde el triunfo de L. Emilio Paulo sobre Perseo, último rey de Macedonia, el año 168, hasta la muerte de Escipión el Joven, el 129. Los reinos desmembrados del imperio de Alejandro cayeron uno tras otro en poder de Roma; también el de Pérgamo, por testamento de Átalo III. Sólo Egipto conservaba una autonomía aparente. Destruida

Cartago y Corinto el año 146, Roma fue dueña indiscutida del Mediterráneo.

Sobre este fondo se destaca un grupo de hombres que, no satisfechos con haber engrandecido el poder de Roma, quieren acrecentar también su cultura injertando en ella la cultura helénica. Los conquistadores de los reinos helenísticos se han dejado conquistar por Grecia. A nadie se aplica mejor la sentencia horaciana:

Graecia capta ferum victorem cepit.

El uso del griego hablado y escrito había estado vigente desde hacía mucho entre los hombres cultos. Los analistas romanos habían escrito en griego. Con los griegos se hablaba en su lengua; sólo Catón se sirvió de intérprete. Se redactaban en griego las decisiones del Senado relativas a los griegos. El padre de los Gracos pronunció el año 164, en Rodas, un discurso en griego. Lucio Emilio Paulo sólo se reservó, del botín de Pidna, la biblioteca de Perseo, en la que sus hijos se empaparían de cultura helénica. Los círculos filohelénicos no se contentaban con leer la poesía griega en versiones o adaptaciones latinas; preferían leerla en griego.

Esta familiaridad con el griego hacía innecesaria la traducción explícita, pero practicaba de continuo la que he llamado traducción implícita.

Si hasta la época de los Escipiones se leía en Roma sobre todo la poesía griega, ahora crece el interés por las obras históricas y también por la filosofía. Durante mucho tiempo, los romanos habían rechazado tanto la filosofía como los misterios griegos. Pero, a la larga, desapareció esta resistencia.

El año 167 llegaron a Italia, como rehenes, un millar de nobles aqueos. A uno de ellos, Polibio, le confió Paulo Emilio la educación de sus hijos. Polibio trabó gran amistad con el joven Escipión Emiliano, que tenía entonces 18 años. El libro preferido de éste fue la *Ciropedia* de Jenofonte, "la primera novela educativa de Europa"⁴. Fue grande también el influjo del estoico moderado Panecio de Rodas.

Entre los hombres del círculo escipiónico destacaron C. Lelio, el personaje epónimo del diálogo de Cicerón sobre la amistad; L. Furio Filo, Q. Elio Tuberón, Q. Mucio Escévola, C. Fannio, Terencio y Lucilio. Todos eran hombres de espíritu abierto, deseosos de adentrarse en la "aventura griega". Sin ser muchos, fecundaron durante más de un siglo la vida espiritual y cultural de Roma.

En el medio siglo que va de la muerte de Escipión a la de Sila, floreció en Roma la oratoria, y se cultivaron también la historia y la erudición.

⁴ L. Bieler. *Historia de la literatura romana*. Madrid, 1971, p. 101.

En todo ello influyó decisivamente la cultura griega. El propio Sila, más interesado por la política que por la cultura, llevó de Atenas a Roma las obras de Aristóteles y de Teofrasto, componía epigramas en griego y, siguiendo la moda helenística, escribió una larga autobiografía.

La oratoria deja de ser propia de autodidactos, y se cultiva la retórica. Son modelos helénicos los que informan no sólo la elocuencia sino, en general, la prosa artística latina.

Tiberio Graco tuvo en casa un maestro griego de retórica. Su hermano Cayo la estudió en Asia Menor con Menelao. Ambos ennoblecieron su carácter romano con los principios de la filosofía griega.

Quinto Elio Tuberón fue alumno predilecto de Panecio. Marco Antonio y L. Licinio Craso poseían la técnica oratoria griega. Por entonces se consideraba natural en Roma estudiar retórica con un profesor griego. Los patriotas romanos trataban de substituir esta enseñanza por otra de base latina. Es exponente de esta tendencia la *Retórica a Herennio*. Pero, aunque procura apartarse de las "sutilezas griegas", sigue, en lo fundamental, el sistema de Hermágoras.

No surgen en este tiempo grandes historiadores. Si cito el nombre de Cornelio Sisena, es porque tradujo las *Historias de Mileto* de Aristides, muy leídas durante algún tiempo: todavía el año 53 se hallaron muchos ejemplares de esta obra entre los efectos de los soldados muertos en la batalla de Carras.

El poeta más destacado de estos años fue C. Lucilio, a quien Horacio consideró inventor de la sátira, de la que más tarde diría Quintiliano: *Satura quidem tota nostra est*⁵. Pero también Lucilio, que se interesaba mucho por la filosofía y permaneció largo tiempo en Atenas, recibió el influjo de la literatura griega. Clitómaco, jefe de la Academia desde el 127 al 110, le dedicó una de sus obras. Lucilio se consideraba simultáneamente estoico y epicúreo. En su lenguaje mezcla a veces el latín con el griego. Si al principio usaba aún senarios yámbicos y septenarios trocaicos, más tarde sólo utiliza el hexámetro.

En tiempos de Sila escribió Cn. Macio miniyambos imitando a Herondas, y tradujo la *Iliada*. De esta traducción quedan siete versos: casi todos permiten identificar el verso original griego y hacen pensar que el traductor fue "bastante fiel para el concepto antiguo"⁶. Surgen por entonces géneros menores de estilo helenístico, como los *Epigramas* de Q. Lutacio Cátulo y los *Erotopaegnia* de Levio. Son presagio de los neotéricos.

⁵ *Inst. Orat.* X, 1, 93.

⁶ Kroll, *Paulys Realencyclopädie der*

class. Altertumswiss., Erste Reihe, 28. Halbband, 2211 a.

Época de Cicerón

El gran orador estuvo desde niño abierto a la cultura griega. Su padre era admirador de esta cultura y amigo del estoico Diódoto. Cicerón se trasladó muy joven a Roma, donde enseñaba Apolonio Molón de Rodas, que influyó mucho en su formación oratoria. Fueron sus maestros de filosofía el epicúreo Fedro y el académico Filón de Larisa, y después, en Grecia y Asia Menor, donde permaneció del 79 al 77, el estoico Posidonio y el ecléctico Antíoco de Ascalón.

Siendo cuestor en Sicilia, el año 75, redescubrió el monumento fúnebre de Arquímedes, olvidado por los siracusanos y cubierto por la maleza. No faltó quien le tomara a mal que hablase públicamente en griego en el consistorio de Siracusa. Como una manifestación más de su helenofilia, compuso en griego un informe (*hypómnema*) sobre su propio consulado. Un poema suyo perdido llevaba el título griego latinizado *Limon* ("prado").

Hizo varias "traducciones" del griego. La primera de que tenemos noticia es la del *Económico* de Jenofonte, hecha cuando tenía veinte o veintiún años. Phillippson opina que, a juzgar por los fragmentos conservados, era una traducción literal (*wörtlich*)⁷. En un artículo titulado "¿Cicerón y Horacio preceptistas de la traducción?"⁸ comparé el texto del fragmento 6, incluido en *De senectute*, 59, y que Phillippson considera especialmente bien traducido, con el pasaje correspondiente de Jenofonte, y llegué a la conclusión de que tampoco aquí tradujo Cicerón como *interprete* sino como *orator*. Ya Pierre Daniel Huet, en el S. XVII, expresó la duda de si Cicerón había querido actuar como traductor o hacer un *Económico* propio, basado en el de Jenofonte. Y, refiriéndose al pasaje incluido en *De senectute*, dice que, si alguien lo considera traducción, hay que desearle la salud mental: *ei sana mens optanda sit*.

Aproximadamente lo mismo habría que decir de los fragmentos de su versión de los *Φαινόμενα* de Arato y de los pasajes de otros autores griegos que incluyó en sus propios escritos. Entre estos pasajes los hay de Homero (*Ilíada* y *Odisea*), de Esquilo (*Prometeo encadenado* y *Prometeo liberado*), Sófocles (*Traquinias* y *Ayax*), Eurípides (*Hipólito*, *Fenicias*, *Orestes*, *Andrómaca*, *Teseo*, *Cresfontes*, *Hipsípila*), etc., etc. Algunos han visto aquí traducciones auténticas. Carolus Atzer, en su tesis *De Cicerone interprete Graecorum*, Göttingen, 1908, concluye lo contrario: "*vel ex primo cognoscimus versu —dice— Ciceronem esse*

⁷ *Paulys Realenc. der class. Altertums-wiss.*, 2. Reihe, 13. Halbband, 1104.

⁸ *Cuadernos de Filología Clásica*, Universidad Complutense, Madrid, 1979 - 1980, pp. 139-154.

non interpretem sed imitatorem” (“ya desde el primer verso comprendemos que Cicerón no traduce sino que imita”)⁹.

No podemos considerar a Cicerón traductor en el sentido moderno. Pero, aparte de la actividad que desarrolló para dar a conocer en Roma obras de autores griegos, es evidente que su formación personal estaba impregnada de cultura helénica, lo cual supone un largo y constante ejercicio de lo que he llamado “traducción implícita”.

Por otra parte, aconseja con frecuencia el estudio de los autores griegos. En el libro III del diálogo *De oratore* exige, por boca de Craso, la formación del orador en las doctrinas de la Academia Nueva. En *De republica* y en *De legibus* sigue en lo fundamental la doctrina platónica, aunque también se inspira en la filosofía posterior, sobre todo en la de Dícearco.

La fuente principal de su *Consolatio* fue probablemente el académico Crántor, y para el *Hortensius* se apoyó en el *Protréptico* de Aristóteles. Según Bieler, “el *Hortensius* era sólo un prelude. En la mente del autor madura entonces la idea de presentar en latín la filosofía griega en una serie de obras extensas”¹⁰. Forman parte de este proyecto los libros *Academica*, *De finibus bonorum et malorum*, *Tusculanae disputationes*, *De natura deorum*, y quizá las traducciones del *Protágoras* y del *Timeo* de Platón. El éxito de estas obras fue escaso. Quienes entonces se interesaban por la filosofía leían directamente a los autores griegos. Practicaban así la traducción implícita.

Resumiendo, podemos decir que Cicerón, en el campo filosófico, fue, más que traductor, divulgador. Él mismo comparó sus obras filosóficas con las adaptaciones romanas del teatro griego.

Entre los autores de obras en prosa contemporáneos de Cicerón hay que mencionar al polifacético Varrón, y, como historiadores, a César. Nepote y Salustio. Todos ellos recibieron profundo influjo de la cultura griega.

Varrón fue discípulo de Antíoco de Ascalón, pero aprendió también de Posidonio y se sintió atraído por la mística pitagórica. En su *De lingua latina* sigue las tendencias de la gramática estoica de Crates y Estilón. En lo relativo a la *declinatio*, adopta el punto de vista de los analogistas alejandrinos frente a los anomalistas de Pérgamo. En sus sátiras mezcla, como Lucilio, el latín y el griego, práctica entonces generalizada en el lenguaje corriente, como puede verse en las cartas de Cicerón. Su inclinación al pitagorismo lo llevó a querer ser enterrado según el rito pitagórico.

La actividad literaria de César quedó eclipsada por su genio militar y

⁹ Cit. por Karl Büchner, *Paulys Realenc.* band, 1257.

der class Altertumswiss., 2. Reihe, 13. Halb-¹⁰ O. c., p. 135.

político. Su obra más conocida, los *Commentarii de bello Gallico*, se basa en los informes que dirigió al Senado, a imitación de los que enviaban los generales helenísticos a sus soberanos. Su estilo se caracteriza por la pureza del latín; pero sabemos que César estaba profundamente helenizado, hasta el punto de hablar con frecuencia en griego. Se dice que fueron griegas sus últimas palabras: al ver que Bruto se lanzaba contra él, exclamo: καὶ σύ, τέκνον;

La obra principal de Nepote, *De viris illustribus*, contenía biografías de romanos y griegos. Sus fuentes para la parte griega son los escritos helenísticos sobre los grandes hombres.

Salustio es un gran historiador romano, pero imita conscientemente a Tucídides.

La poesía

Sobresalen en este período Lucrecio y los neotéricos. Lucrecio es un poeta impregnado de epicureísmo. En los seis libros de su gran poema *De rerum natura* expone las concepciones físicas y psicológicas de Epicuro. Su modelo literario fue en gran parte el περὶ φύσεως de Empédocles, a quien menciona con elogio (I, 717) y del cual había tomado Epicuro su doctrina del conocimiento. Abundan en el poema de Lucrecio las voces de origen griego y los versos que traducen o glosan frases de Epicuro.

Los poetas *neotéricos*, a quienes Cicerón llama *cantores Euphorionis*, abandonan la antigua poesía romana para componer como los griegos, sobre todo como los alejandrinos. Se generaliza entre ellos la costumbre helenística de escribir poemas de boda o de muerte, designados con términos griegos: *epithalamia*, *epicedia*. Cultivan el epigrama, imitando a Calímaco. Calcan las construcciones griegas, y hasta en la métrica buscan, con frecuencia, terminar el hexámetro con dos espondeos, al estilo alejandrino. Se incluyen ahora en el alfabeto latino dos letras griegas: la ypsilon y la zeta.

El nombre mayor de la corriente neotérica es el de Catulo. Varios poemas suyos, como la "Cabellera de Berenice" y "Atis", son adaptaciones de Calímaco. En otros recrea temas tratados por Safo. Desde el punto de vista métrico, introdujo en la poesía romana la estrofa sáfica, en la conocida adaptación del poema 2º del libro I: Φάινεται μοι κείνος ἴσος θεοῖσιν / *Ille mi par esse deo videtur*, así como otra estrofa eólica compuesta de gliconios y ferecracios.

La época de Augusto

La prosa de esta época, de la que se conserva poco fuera de Livio, es inferior a la poesía. Hay, por lo demás, autores de obras en prosa, como los dos Sextios y M. Valerio Mesala, que escriben en griego.

La *Historia de Roma* de Tito Livio llevó el prestigio de su autor, ya en vida de éste, a lejanas regiones del Imperio romano. Según Plinio (*Epist.* 2, 3, 8), un gaditano viajó hasta Roma sólo por conocer a Livio.

El tema de su obra no hacía imprescindible el aprovechamiento de fuentes griegas. Sin embargo, su fuente principal para lo relativo a la intervención de Roma en Grecia es Polibio, y en muchas ocasiones muestra el influjo del estoicismo reciente de Posidonio. Su concepto de la historia como obra artística, afín a la poesía, se basa en Isócrates, que no sólo influyó poderosamente en la prosa griega, sino también, a partir de Cicerón, en la latina.

En la poesía brillan ahora como astros de primera magnitud Virgilio, Horacio y Ovidio. Sobresalen también, en la elegía, Cornelio Galo, del que no se conserva casi nada, Tibulo y Propercio. Se abandona la tendencia alejandrina; pero los modelos siguen siendo griegos: Homero y Hesíodo, Arquíloco, Mimnermo, Alceo y, en la época tardía de Horacio, Píndaro.

Quien más claramente manifiesta todo el proceso es Virgilio. Al fondo de las *Bucólicas* está Teócrito; las *Geórgicas* tienen como antecedente la obra del mismo título de Nicandro; de la *Eneida* son modelos el homérico Ennio y el mismo Homero. *Bucólicas* o *Églogas*, *Geórgicas*, *Eneida*: nombres griegos naturalizados en la lengua latina; símbolos de tres géneros poéticos griegos sabiamente recreados por el altísimo poeta.

Horacio recibió desde niño el influjo de la literatura griega. Su padre lo llevó muy pronto a la escuela del gramático Orbilio, que, férula en mano, dictaba versos de la *Odisia* de Andrónico, primera traducción latina de la *Odisea*. Luego leyó a Homero en el original griego. Se trasladó a Atenas para estudiar filosofía. Se le ha llamado “el más griego” de los poetas de Roma. En sus *Iambi*, que los gramáticos llamaron *Epodi*, siguió a Arquíloco, tanto en la métrica como en el tono, de lo cual se gloria él mismo: *Parios ego primus iambo / ostendi Latio, numeros animosque secutus / Archilochi*¹¹. Y, en la oda 30 del libro III (vv. 10-14) afirma haber sido también el primero en aclimatar en latín el ritmo eolio: *Dicar / (...) ex humili potens / Princeps Aeolium carmen ad Italos / deduxisse modos*. Suyo es, finalmente, el consejo a los poetas noveles: (...) *vos exemplaria Graeca / nocturna versate manu, versate diurna*¹².

¹¹ *Ep.* I, 19, 23-25.

¹² *Arte poética*, 268-69.

La elegía del tiempo de Augusto enlaza con la *elegeía* griega por su forma métrica y por cierta comunidad temática. Hay autores que ven el origen de la elegía romana en el epigrama helenístico; otros la derivan de una elegía alejandrina de carácter erótico. Como quiera que sea, es innegable su base griega. Ovidio (*Trist.* IV, 10, 51 ss.) incluye a cuatro poetas en la serie de los elegíacos: Galo, Tibulo, Propercio y él mismo. Se han perdido las obras de Galo; pero su familiaridad con la poesía helenística se manifiesta en el hecho de haber traducido los epilios de Euforión. Propercio menciona a Mimnermo y a Filitas, y se siente orgulloso de ser el Calímaco romano: *Ut nostris tumefacta superbiat Umbria libris / Umbria Romani patria Callimachi*¹³.

El más helenizante de los elegíacos romanos fue Ovidio. Estudió retórica en Roma, y amplió su formación con viajes a Grecia y Asia Menor, sobre todo con una larga permanencia en Atenas. Son griegos los títulos de algunas de sus obras: *Heroides*, *Haliueticon*, *Metamorphoseis*; todas las suyas están impregnadas de sustancia helénica.

Los cien años siguientes a la muerte de Augusto

Los últimos tiempos de la República y el largo principado de Augusto constituyen la época clásica de la literatura romana. Los cien años siguientes son de decadencia. Pierde intensidad el influjo de la cultura griega. Son excepción los escritores que, siguiendo el consejo de Horacio, leen a los autores griegos de noche y de día.

Algunos de los nombres de más relieve en este período siguen inspirándose en la filosofía o en la poesía de Grecia. Destacan entre ellos los españoles Séneca y Quintiliano. Pero es preciso mencionar también a otros. En primer lugar, por razones cronológicas, a Fedro. Nació esclavo hacia el año 15 a. de C. en el norte de Grecia, y fue más tarde en Roma liberto de Augusto. Aunque algunos poetas anteriores, como Ennio y Horacio, habían escrito fábulas, puede atribuirse a Fedro el mérito de haber aclimatado en Roma este género literario. Él, por su parte, se considera simple refundidor de las fábulas griegas de Esopo. Así lo dice en el prólogo a su libro primero: *Aesopus auctor quam materiam reperit / hanc ego polivi versibus senariis*. Es cierto que añade a los temas de su modelo elementos anecdóticos; pero los toma casi siempre de fuentes griegas.

Lucio Anneo Séneca es, con Petronio, el más alto exponente de la literatura romana en la época de los Claudios. Cultivó desde muy joven

¹³ IV, 1, 63-64.

la filosofía, inicialmente la corriente cínica; después, la estoica. El estoicismo inspirado en las doctrinas de Posidonio llegó a ser en Roma una forma de vida. Pero Séneca no se limitó a estas escuelas; estudió también a Platón. En una de sus cartas a Lucilio lamenta la pobreza del latín para expresar conceptos filosóficos griegos, especialmente al estudiar a Platón: "*Quanta verborum nobis paupertas —dice—, immo egestas sit, numquam magis quam hodierno die intellexi. Mille res inciderunt, cum forte de Platone loqueremur, quae nomina desiderarent neque haberent(...)*"¹⁴. Uno de esos conceptos carentes de designación latina era el de οὐσία, para el cual propone, invocando a Cicerón, el término *essentia*. En otro pasaje (20-22) trata de establecer la distinción entre *idea*, palabra griega ya también latina, y el término *idos*, que él proponía como transcripción de εἶδος.

En cuanto a sus tragedias, todas se abrevan en leyendas o mitos de la literatura griega, especialmente de la época posclásica. El influjo griego se nota incluso en la métrica de sus himnos corales.

Petronio se dio la muerte el año 66, como Séneca, por orden de Nerón. En el *Satiricón*, que comúnmente se le atribuye y se conserva muy incompleto, parodia la *Odisea*. Uno de sus relatos más conocidos es la historieta de la viuda de Éfeso, inspirada en las *Historias de Mileto*, de Arístides. Su lenguaje vulgar, un tanto estilizado, incluye muchos elementos griegos.

Valerio Flaco imitó el tema de la *Argonáutica* de Apolonio de Rodas, incorporado ya antes a la literatura latina por Varrón.

Como gramático destacó, durante los principados de Tiberio y Claudio, Q. Remmio Palemón. Su *Ars grammatica*, escrita según modelos griegos, gozó de prestigio hasta el fin de la Antigüedad tardía.

Marco Fabio Quintiliano

El más ilustre de los educadores de la juventud romana fue Quintiliano. Nació hacia el año 35 d. de C. en Calagurris, la actual Calahorra, en España, y murió hacia el 96. Desde el 68 vivió en Roma, inicialmente como abogado. Vespasiano lo convirtió en el primer profesor de Retórica a sueldo del Estado. Su *Institutio Oratoria* es un excelente tratado, escrito para formar y educar al orador. Muchos de sus principios pueden aplicarse a la educación y formación del hombre en general.

En el capítulo 5 del libro X de esta obra hay un pasaje de gran interés. Manifiesta con toda claridad la importancia de la versión de textos griegos.

¹⁴ 58, 1; ed. L.D. Reynolds, Oxford, 1966.

Vertere Graeca in latinum —dice Quintiliano— *veteres nostri oratores optimum iudicabant* (“Nuestros antiguos oradores consideraban buenísimo verter textos griegos al latín”). Apoya esta afirmación con testimonios de Craso, Cicerón y Mesala. Y la justifica diciendo que los autores griegos tienen abundancia de ideas y han llevado la elocuencia a la cumbre del arte. Y, al verterlos, se pueden usar las mejores palabras latinas. Lástima que la falta de tiempo nos impida glosar con detenimiento todo este pasaje.

Plinio el Joven, discípulo de Quintiliano, llega aún más lejos. En una de sus cartas (*Ep.* VII, 9, 2) recomienda no sólo las versiones del griego al latín, sino también las del latín al griego: *Utile in primis —dice—, et multi praecipunt, vel ex Graeco in Latinum vel ex Latino vertere in Graecum; quo genere exercitationis proprietates splendorque verborum, copia figurarum, vis explicandi, praeterea imitatione optimorum similia inveniendi facultas paratur; simul quae legentem fefellissent, transferentem fugere non possunt: intelligentia ex hoc et indicium paratur.* (“En primer lugar, es útil, y mucho lo aconsejan, verter ora del griego al latín ora de latín al griego; con este género de ejercicio se adquiere propiedad y esplendor de las palabras, abundancia de figuras, vigor de la expresión, y, además con la imitación de los mejores, capacidad para inventar cosas semejantes; al mismo tiempo, lo que puede haber pasado inadvertido al lector no puede escapársele al que traslada: se adquiere así inteligencia y discernimiento”).

No podemos dejar este período sin mencionar a Tácito, el último de los grandes historiadores romanos, y el más grande de todos ellos.

Tácito estudió retórica y sobresalió como orador y abogado. Escribió incluso un *Dialogus de oratoribus* con reminiscencias ciceronianas y no poco influjo griego. En su primera obra de carácter histórico, la biografía de su suegro, *De vita et moribus Iulii Agricolae*, manifiesta su aprecio por la cultura helénica al elogiar a Massilia —la actual Marsella, donde Agrícola había estudiado— como una “afortunada combinación de elegancia griega y sobriedad provinciana” (4, 2). Marsella era una ciudad de origen griego, de gran tradición cultural, que hasta cierto punto competía con Atenas en atraer a jóvenes romanos de las mejores familias, que acudían allí para formarse intelectualmente. En la *Germania* hay digresiones etnográficas que recuerdan a Posidonio y aprovechan tópicos de la antigua etnografía helénica.

Los últimos tiempos de la literatura romana

Durante el imperio de Adriano (117-138), la educación literaria se extiende a círculos más amplios, aunque no se remedia la progre-

siva pérdida de calidad, casi constante desde poco después de la muerte de Augusto. Se reaviva ahora el influjo griego, que no dio, sin embargo, frutos comparables a los producidos en los últimos años de la República y en los primeros tiempos del Imperio. Más que una compenetración de lo griego y lo romano, se produce una yuxtaposición de ambas culturas, simbolizada en las *Vidas paralelas* de Plutarco. Abundan los escritores que exponen en griego temas romanos, como los historiadores Apiano de Alejandría y Dion. Suetonio escribió en las dos lenguas, y lo mismo los africanos Frontón y Apuleyo. Hasta un emperador, Marco Aurelio, escribió en griego sus *Meditaciones* (Τὰ εἰς ἑαυτόν).

Aulo Gelio escribió en latín sus monumentales *Noctes Atticae*, cuyo título es exponente del influjo helénico en su contenido. La obra se sitúa en el tiempo en que su autor estudiaba filosofía en Atenas.

Apuleyo de Madaura estudió primero en Cartago, luego en Atenas, y amplió su formación con viajes. Le gustaba proclamarse *philosophus Platonicus*. Es, en realidad, el representante más antiguo, entre los escritores latinos, del neoplatonismo pitagorizante. Su interés por la filosofía platónica se refleja en su *De deo Socratis*. Pero su obra más famosa son las *Metamorphoseis*, más conocidas como *El asno de oro*, novela inspirada en una obra griega de Lucio de Patras. No es segura la autenticidad de las traducciones del griego que se le atribuyen, *De Platone et eius dogmate* y *De mundo*.

En la segunda mitad de este siglo aparecen las primeras muestras de literatura latino-cristiana. Los libros sagrados del cristianismo estaban en lengua griega. Para el Antiguo Testamento, los cristianos habían adoptado la traducción griega llamada de *Los Setenta*, hecha varios siglos antes por judíos y para judíos. Los libros del Nuevo Testamento circularon desde el principio en griego. Al imponerse el latín como lengua del cristianismo occidental, fue necesario traducir los textos sagrados, tanto del *Nuevo* como del *Antiguo Testamento*. Pero éstas son traducciones polarmente alejadas de las que hasta entonces habían tenido por objeto incorporar a la literatura romana la sustancia de la griega. Las traducciones bíblicas latinas de la segunda mitad del siglo II se hacen en lenguaje popular y pretenden reproducir el contenido de los textos con la mayor fidelidad posible, porque en ellos *etiam verborum ordo mysterium est* ("hasta el orden de las palabras es un misterio"), como diría más tarde el autor de la más importante de las traducciones bíblicas, la llamada *Vulgata*.

Pero la literatura cristiana en lengua latina, tanto la original como la traducida, con pocas excepciones, es esencialmente distinta de la que se entiende por literatura romana. Por eso damos fin aquí a esta somera relación de escritores romanos que recibieron el influjo de la literatura griega a través de la traducción implícita o explícita, practicada ésta con

libertad difícilmente conciliable con nuestros criterios, pero con resultados definitivos.

Conclusión

Nuestro veloz recorrido histórico por los campos de la literatura romana ha mostrado en todas partes el influjo de la cultura griega. Aunque no siempre con la misma intensidad, este influjo se ejerció desde el nacimiento de la literatura latina con Livio Andrónico hasta sus últimos tiempos. Y se ejerció siempre, como era forzoso al tratarse de dos lenguas, por medio de la traducción, ya fuese una traducción explícita próxima a la paráfrasis, ya, con más frecuencia aún, una traducción implícita, propia del que lee en otra lengua percibiendo ideas y figuras que luego puede usar en la suya.

En la llamada época arcaica de la literatura latina, que va desde Livio Andrónico hasta Terencio incluido, los escritores latinos se aproximaron a la traducción estricta, tal como la entendemos hoy, pero sin retroceder ante adiciones u omisiones, con frecuencia inevitables, cuando eran traducciones en verso.

Otra época de gran intensidad traductora fue la ciceroniana y augustea, la de máximo esplendor de la literatura romana. “La general propensión a la actividad traductora —resume Ernst Bickel¹⁵—, que no falta en ningún capítulo de la historia de la literatura romana, se exacerbaba dos veces a lo largo de ella; la intensificación de esta actividad afecta en la misma medida a la época clásica de florecimiento que a la primera época arcaica”. La época arcaica no tenía modelos en lengua latina. La traducción era entonces necesaria. En la época clásica parecían ásperas y desabridas las traducciones antiguas. Convenía hacer otras nuevas. Los modelos griegos seguían vigentes. Traducirlos o imitarlos era el mejor camino para adquirir excelencia.

Las obras originales de los grandes autores latinos están impregnadas de sustancia helénica. Casi todos ellos se confiesan deudores de los clásicos griegos. No se trata de traducciones explícitas. Pero la traducción implícita está en la base de tales obras. Por la traducción implícita pasa a Lucrecio la doctrina epicúrea, suena en Horacio la lírica de Alceo, alienta en Virgilio el espíritu homérico.

La traducción explícita o implícita informó la literatura romana en la epopeya, en la lírica, en el teatro, en la oratoria, en la filosofía. Si hay una gran literatura que se haya desarrollado buscando continua inspiración en otra, es la literatura romana, que siempre vio en la griega su modelo.

¹⁵ *Historia de la literatura romana*, p. 128.